



www.loqueleo.com/ec

© 2002, Óscar Vela

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-357-7

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Octubre 2019

Directora editorial: María Soledad Jarrín

Ilustraciones: Oswaldo Viteri

Edición: Verónica Mosquera

Prólogo: Miguel Molina

Diseño de la portada: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Corrección de estilo: Nadya Durango y Nicolás Jara

Diagramación: María Fernanda Tufiño R.

Autoría de actividades: Lucrecia Maldonado

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El Toro de la Oración

Óscar Vela Descalzo

loqueleo

Un grito prolongado y angustioso despierta al pueblo aquella mañana. Entre los intersticios de las hojas de frondosos eucaliptos, se filtran las primeras luces del día. En pocos minutos, los curiosos se arremolinan en el vértice del sendero que conduce a la quebrada oriental, de donde había salido el estremecedor alarido. Una mujer asciende precipitadamente, espantada, levantando con las manos los pliegues del anaco para evitar tropiezos en el pedregoso ramal. Sus gemidos desgarran el silencio del campo. Inevitable, la tregua de las voces y los sonidos cede el paso a la imaginación que, en esos casos, transita entre la fatalidad y la tragedia. La mujer trastabilla al llegar a la cima. Sus manos dejan libres los vuelos del anaco para protegerse del golpe. Dos hombres la ayudan a levantarse: el rostro bañado en lágrimas, la voz entrecortada, las palabras de los otros que vuelven al aire para interrogar, para requerir una respuesta que tarda en salir, pero que al final se revela trémula, entre un suspiro apagado y el sollozo que se repite incontenible en la mujer. «¡Un cadáver! Sí, un cadáver», es lo que dice, señalando el fondo de la quebrada.

Un grupo de hombres desciende inmediatamente por el estrecho camino. Las mujeres deben sujetar a los curiosos chiquillos que pretenden escapar de su vigilancia para mirar, quizá por vez primera, un cadáver humano. Entretanto, Matilde, la mujer que descubrió el cuerpo, recupera el aliento en el umbral de la abacería que, de no ser por el suceso, ya estaría abierta, como cada mañana, a las siete en punto.

14

La comitiva llega hasta el lugar de la trocha en que Matilde había dejado desperdigadas unas cuantas verduras que debió haber llevado en algún recipiente y ahora han desaparecido de la escena, aunque en esto no reparan los hombres que se dispersan para encontrar el cuerpo. No tarda en escucharse la voz de alarma de Pedro Yáñez, el cantinero, que ha localizado dos manos seccionadas, rígidas, verdosas, distanciadas por escasos centímetros la una de la otra. Unas cuantas moscas se han posado sobre las manos; don Pedro las espanta para contemplar los restos de sangre reseca alrededor del hueso blanco, que aparece exacto en las dos conjunciones cortadas con la rigidez y precisión de un golpe certero, al parecer, violento, hecho quizá con un hacha o un machete bien afilado. Los otros tres llegan al lugar en que don Pedro ha descubierto los miembros amputados. La mano derecha, con la palma hacia el suelo, muestra en el dedo anular la huella blanquecina de haber llevado un anillo. En la izquierda, con las articulaciones entrecerradas, solamente se puede apreciar la mugre de las uñas largas y gruesas. El doctor Leguísamo, rodilla en tierra, es el primero en examinar las manos. Ante la mirada de asco de los otros tres, revisa cada una tomándolas

con precaución de los dedos, volteándolas en la palma de su propia mano, hurgando brevemente entre las uñas, rasgando un resquicio de sangre coagulada, mirando muy de cerca los bordes perfectamente seccionados en la muñeca, para, finalmente, llevarse a la nariz los muñones y percibir que aún no se desprende de ellos el olor a putrefacción de la carne inerte. «Son de un hombre que tan solo lleva muerto unas horas», afirma el doctor con autoridad. Los demás le recuerdan que no han encontrado un cuerpo, que quizá no existe un muerto. «Sería muy extraño que únicamente se hallaran dos manos y no apareciera un cadáver, además, doña Matilde afirmó que había visto un muerto», dice el doctor.

15

Pacífico Veloz, el más joven de los cuatro, tan solo ha cruzado el umbral de los veinte. Su rostro aún muestra las huellas del acné, especialmente en la frente, donde se aprecian los pequeños orificios marcados en su piel oscura. El cabello lacio, muy negro y brillante, oculta unas orejas desproporcionadas. Más bien bajo y robusto, de manos callosas, amansador de caballos y diestro jinete, prefiere no contemplar el repulsivo diagnóstico. Voltea su cara y pretende buscar algún rastro entre los matorrales y la hojarasca del sector. A pocos pasos de la escena, mientras los hombres hacen conjeturas sobre el hallazgo, Pacífico descubre las huellas de algo que parece haber sido arrastrado hasta la profundidad de la quebrada. Unos surcos muy leves están marcados entre la hierba y la tierra aún fangosa por la intensa lluvia de la noche anterior. El muchacho llama a los hombres para que verifiquen lo que sus ojos inexpresivos han descubierto. Efectivamente, parece que un cuerpo ha sido arrastrado por esa zona hasta perderse en el fondo de la cañada.